

## **MEMORIA SOBRE EL CULTIVO DEL MAIZ EN ANTIOQUIA**

Publicado por: Gregorio Gutiérrez González

Publicado el : 3-7-2013 20:37:03

### CAPITULO I

De los terrenos propios para el cultivo, y manera de hacerse los barbechos, que decimos rozas.

Buscando en dónde comenzar la Roza,  
De un bosque primitivo la espesura,  
Treinta peones y un patrón por jefe  
Van recorriendo en silenciosa turba.

Vestidos todos de calzón de manta,  
Y de camisa de coleta cruda (1),  
Aquél a la rodilla, ésta a los codos,  
Dejan sus formas de titán desnudas

El sombrero de caña (2) con el ala  
Prendida de la copa con la aguja,  
Deja mirar el bronceado rostro  
Que la bondad y la franqueza anuncia.

Atado por detrás con la correa  
Que el pantalón sujeta a la cintura,  
Con el recado de sacar candela (3),  
Llevan repleto su carriel (4) de nutria.

Envainado y pendiente del costado  
Va su cuchillo de afilada punta;  
Y en fin, al hombro, con marcial despejo,  
El calabozo que en el sol relumbra.

Al fin eligen un tendón de tierra (5)  
Que dos quebradas (6) serpeando cruzan,  
En el declive de una cuesta amena,  
Poco cargada de maderas duras.

Y dan principio a socolar (7) el monte,  
Los peones formados en columna;  
A seis varas distante uno de otro  
Marchan de frente con presteza suma.

Voleando (8) el calabozo a un lado y otro,  
Que relámpagos forma en la espesura,  
Los débiles arbustos, los helechos  
Y los bejucos por doquiera truncan.

Las matambas(9), los chusques(10), los carrizos,  
Que formaban un toldo de verdura,  
Todo deshecho y arrollado cede  
Del calabozo a la encorvada punta.

Con el rastro encendido, jadeantes,  
Los unos a los otros se estimulan;  
Ir adelante alegres quieren todos,  
Romper la fila cada cual procura.

Cantando a todo pecho (11) la guabina (12),  
Canción sabrosa, dejativa y ruda,  
Ruda cual las montañas antioqueñas  
Donde tiene su imperio y fue su cuna.

No miran en su ardor a la culebra  
Que entre las hojas se desliza en fuga  
Y presurosa en su sesgada marcha,  
Cinta de azogue, abrigada undula;

Ni de monos observan las manadas  
Que por las ramas juguetonas cruzan;  
Ni se paran a ver de aves alegres  
Las mil bandadas de pintadas plumas;

Ni ven los saltos de la inquieta ardilla,  
Ni las nubes de insectos que pululan,  
Ni los verdes lagartos que huyen listos,  
Ni el enjambre de abejas que susurra.

Concluye la socola (13). De malezas  
Queda la tierra vegetal desnuda.  
Los árboles elevan sus cañones (14)  
Hasta perderse en prodigiosa altura.

Semejantes de un templo a los pilares  
Que sostienen su toldo de verdura;  
Varales largos de ese palio inmenso,  
De esa bóveda verde altas columnas.

El viento, en su follaje entretejido,  
Con voz ahogada y fúnebre susurra,  
Como un eco lejano de otro tiempo,  
Como un vago recuerdo de ventura.

Los árboles sacuden sus bejucos,  
Cual destrenzada cabellera rubia  
Donde tienen guardados los aromas  
Con que el ambiente, en su vaivén, perfuman.

De sus copas galanas se desprende  
Una constante, embalsamada lluvia  
De frescas flores, de marchitas hojas,  
Verdes botones y amarillas frutas.

Muestra el cachimbo (15) su follaje rojo,  
Cual canastillo que una ninfa pura  
En la fiesta del Corpus, lleva ufana  
Entre la virgen, inocente turba.

El guayacán con su amarilla copa  
Luce a lo lejos en la selva oscura,  
Cual luce entre las nubes una estrella,  
Cual grano de oro que la jagua (16) oculta.

El azucena (17), el floro-azul (18), el cauce (19)  
Y el yarumo (20), en el monte se dibujan  
Como piedras preciosas que recaman  
El manto azul que con la brisa undula.

Y sobre ellos gallarda se levanta,  
Meciendo sus racimos en la altura,  
Recta y flexible la altanera palma,  
Que aire mejor entre las nubes busca.

Ved otra vez a los robustos peones  
Que el mismo bosque secular circundan;  
Divididos están en dos partidas,  
Y un capitán dirige cada una.

Su alegre charla, sus sonoras risas,  
No se oyen ya, ni su canción se escucha;  
De una grave atención cuidado serio  
Se halla pintado en sus facciones rudas.

En lugar del ligero calabozo  
La hacha afilada con su mano empuñan;  
Miran atentos el cañón del árbol,  
Su comba ven, su inclinación calculan.

Y a dos manos el hacha levantando,  
Con golpe igual y precisión segura,  
Y redoblando golpes sobre golpes,  
Cansan los ecos de la selva augusta.

Anchas astillas y cortezas leves  
Rápidamente por el aire cruzan;  
A cada golpe el árbol se estremece,  
Tiemblan sus hojas, y vacila... y duda...

Tembloroso un momento cabecea,  
Cruje en su corte, y en graciosa curva  
Empieza a descender, y rechinando  
Sus ramas enlazadas se apañuzcan (21);

Y silbando al caer, cortando el viento,  
Despedazado por los aires zumba...  
Sobre el tronco el peón apoya el hacha  
Y el trueno, al lejos, repetir escucha.

Las tres partidas observad. A un tiempo  
Para echar una galga (22) se apresuran;  
En tres faldas distintas, el redoble  
Se oye del hacha en variedad confusa.

Un fila de árboles picando (23),  
Sin hacerlos caer, está la turba,  
Y arriba de ellos, para echarlo encima,  
El más copudo por madrino (24) buscan.  
Y recostando andamios en su tronco  
Para cortarlo a regular altura,  
Sobre las bambas (25) y al andamio trepan  
Cuatro peones con destreza suma.

Y en rededor del corpulento tronco  
Sus hachas baten y a compás sepultan,  
Y repiten hachazos sobre hachazos  
Sin descansar, aunque en sudor se inundan.

Y vencido por fin, cruje el madrino,  
Y el otro más allá: todos a una,  
Las ramas extendidas enlazando,  
Con otras ramas enredadas pugnan;

Y abrazando al caer los de adelante,  
Se atropellan, se enredan y se empujan,  
Y así arrollados en revuelta tromba  
En trueno sordo, aterrador, retumban...

El viento azota el destrozado monte,  
Leves cortezas por el aire cruzan,  
Tiembra la tierra, y el estruendo ronco  
Se va a perder en las lejanas grutas.

Todo queda en silencio. Acaba el día,  
Todo en redor desolación anuncia.  
Cual hostia santa que se eleva al cielo  
Se alza callada la modesta luna.

Troncos tendidos, destrozadas ramas,  
Y un campo extenso desolado alumbra,  
Donde se ven como fantasmas negros  
Los viejos troncos, centinelas mudas.

## CAPITULO II

Que trata de la limpia y abono de los terrenos, muy especialmente por el método de la quema. De la manera de hacer las habitaciones, y de la siembra.

Un mes se pasa. El sol desde la altura  
Manda a la Roza, vertical su rayo;  
Ya los troncos, las ramas y las hojas  
Han tostado los vientos del verano.

Las hojas en las ramas se encartuchan (26),  
Sobre los troncos se blanquean los ramos,  
Y las secas cortezas se desprenden,  
De trecho en trecho, de los troncos largos.

Aquí y allá la enredadera verde  
Tímida muestra sus primeros tallos,  
La guadua ostenta su primer retoño  
De terciopelo de color castaño.

Ya el verano llegó para la quema;  
La Candelaria (27) ya se va acercando,  
Es un domingo a medio día.  
El viento Barre las nubes en el cielo claro.

Por la orilla del monte los peones  
Vagan al rededor del derribado,  
Con los hachones de cortezas secas  
Con flexibles bejucos amarrados.

Prenden la punta del hachón con yesca,  
Y brotando la llama al ventearlo  
Varios fogones en contorno encienden,  
La Roza toda en derredor cercando.

Lame la llama con su inquieta lengua  
La blanca barba (28) a los tendidos palos;  
Prende en las hojas y chamizas (29) secas,  
Y se avanza, temblante, serpeando.

Vese de lejos la espiral del humo  
Que tenue brota caprichoso y blanco,  
O lento sube en copos sobre copos,

Como blanco algodón escarmenado.

La llama crece; envuelve la madera  
Y se retuerce en los nudosos brazos,  
Y silba, y desigual chisporrotea,  
Lenguas de fuego por doquier lanzando.

Y el fuego envuelto en remolinos de humo,  
Por los vientos contrarios azotado  
Se alza a los cielos, o a lo lejos prende  
Nuevas hogueras con creciente estrago.

Ensondecen los aires el traquido  
De las guaduas y troncos reventando,  
Del huracán el mugidor empuje,  
De las llamas el trueno redoblado.

Y nubes sobre nubes se amontonan  
Y se elevan el cielo encapotando  
De un humo negro que arrebatara chispas,  
Pardas cenizas y quemados ramos.

Aves y fieras asustadas huyen;  
Pero encuentran el fuego a todos lados,  
El fuego, que se avanza lentamente,  
Estrechando su círculo incendiario.

Al ave que su prole dejar teme,  
La encierra el humo al rededor volando,  
Y con sus alas chamuscadas cae  
Junto del nido que le fue tan caro.

Aquí y allá se vuelve la serpiente,  
Buscando una salida, y en su espanto  
Se exaspera, se enrosca, se retuerce,  
Y el fuego cierra el reducido campo.

Del aire al soplo se dilata el humo  
Hasta que llena el anchuroso espacio;  
Rosados se perciben los objetos;  
Redondo y rojo el sol se ve sin rayos.

Sobre el monte, la Roza y el contorno  
Tiende la noche su callado manto,  
Bordado con las chispas del incendio,  
Que parecen cocuyos revolando.

Se ve de lejos la quemada Roza,  
Con los restos del fuego no apagado,

Donde brillan inciertos mil fogones,  
Cual vivac de un ejército acampado.

El lunes de mañana, los peones  
Van, en la Roza, a improvisar un rancho (30);  
Como hormigas arrieras (31) se dispersan  
Los materiales cada cual buscando.

Van llegando cargados con horquetas,  
Estantillos (32), soleras, encañados,  
Latas y paja y ruedas de bejuco,  
En un plancito, todo amontonado.

En línea recta clavan tres horquetas,  
La cumbrera sobre ellas levantando,  
Para formar el, rancho vara en tierra (33),  
Con un pequeño alar al otro lado.

Los encañados con bejuco amarran,  
En la larga cumbrera recostados,  
Y formando sobre ellos una reja  
Concluyen con destreza el enlatado (33-A).

Empezando de abajo para arriba,  
El rancho en derredor van empajando (34),  
Pajas diversas confundidas mezclan;  
Palmicho (35), santainés (36) y rabihorcado (37).

Y después de formarle el caballete  
Lo dividen en dos con un cercado.  
Del un lado colocan la cocina,  
De habitación sirviendo el otro lado.

Hacen la barbacoa (38), en que colocan  
Las ollas, las cucharas y los platos;  
Ponen la vara de colgar la carne,  
Y las tres piedras de fogón debajo.

La piedra de moler en cuatro estacas  
Aseguran muy bien, y en otras cuatro  
Una cuyabra (39) aparadora (40) ponen,  
Y a su lado, con agua, un calabazo (41).

Es hora de sembrar. Ya los peones  
Con el catabre (42) sembrador terciado,  
Se colocan en fila al pie del monte,  
Guardando de distancia cuatro pasos;

Y con un largo recatón de punta

Hacen los hoyos con la diestra mano,  
Donde arrojan mezclada la semilla:  
Un grano de frisol (43), de maíz cuatro.

Dan con el mismo recatón un golpe  
Sobre el terrón para cubrir el grano,  
Y otros hoyos haciendo, en recto surco,  
Siguen de frente y avanzando un paso.

Se miran desplegados en guerrilla,  
Como haciendo ejercicio los soldados;  
Como blancas manadas de corderos,  
Sobre el oscuro fondo del quemado.

Cantando alegres, siempre la guabina,  
Teñidos de carbón, siguen sembrando,  
Haciendo calles paralelas, rectas....  
Y al llegar la oración vuelven al rancho.

### CAPITULO III

Método sencillo de regar las sementeras, y provechosas advertencias para espantar los animales que hacen daño en los granos.

Hoy es domingo. En el vecino pueblo  
Las campanas con júbilo repican,  
Del mercado en la plaza ya hormiguean  
Los campesinos al salir de misa.

Hoy han resuelto los vecinos todos  
Hacer a la patrona rogativa,  
Para pedirle que el verano cese,  
Pues lluvia ya las rozas necesitan.

De golpe (44) el gran rumor calla en la plaza,  
El sombrero, a una vez, todos se quitan....  
Es que a la puerta de la iglesia asoma  
La procesión en prolongada fila.

Va detrás de la cruz y los ciriales  
Una imagen llevada en andas limpias,  
De la que siempre, aun en imagen tosca  
Llena de gracia y de pureza brilla.

Todo el pueblo la sigue, y en voz baja  
Sus oraciones cada cual recita,  
Suplicando a los cielos que derramen  
Fecunda lluvia que la tierra ansía.

¡Hay algo de sublime, algo de tierno  
En aquella oración pura y sencilla,  
Inocente paráfrasis del pueblo,  
Del "Danos hoy el pan de cada día!"

Nuestro patrón y el grupo de peones  
Mezclados en la turba se divisan  
Murmurando sus rezos, porque saben  
Que Dios su oreja a nuestro ruego inclina.

Pero, no. Yo no quiero con vosotros  
Asistir a esa humilde rogativa;  
Porque todos nosotros somos sabios,  
Y no quisimos asistir a misa.

Y ya la moda va quitando al pueblo  
El único tesoro que tenía.  
(Una duda me queda solamente:  
¿Con qué le pagará lo que le quita?)

Brotaron del maíz en cada hoyo  
Tres o cuatro maticas amarillas,  
Que con dos hojas anchas y redondas  
La tierna mata de frisol abriga.

Salpicada de estrellas de esmeralda  
Desde lejos la Roza se divisa;  
Manto real de terciopelo negro  
Que las espaldas de un titán cobija.

Aborlonados (45) sus airosos pliegues  
Formados de cañadas y colinas;  
Con el humo argentado de su rancho,  
De sus quebradas con la blanca cinta.

El maíz con las lluvias va creciendo  
Henchido de verdor y lozanía,  
Y en torno dél, entapizando el suelo,  
Va naciendo la yerba entretrejida.

Por doquiera se prenden los bejucos  
Que la silvestre enredadera estira;  
Y en florida espiral trepando, envuelve  
Las cañas del maíz la batatilla (46).

Sobre esa alfombra de amarillo y verde  
Los primeros retoños se divisan,  
Que en grupos brotan del cortado tronco  
Al cual su savia exuberante quitan.

Ya llegó la deshierba (47); la ancha roza  
De peones invade la cuadrilla,  
Y armados de azadón y calabozo  
La yerba toda y la maleza limpian.

Queda el maíz en toda su belleza,  
Mostrando su verdor en largas filas,  
En las cuales se ve la frisolera (48),  
Con lujo tropical entretejida.

¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre  
No nos deja admirar su bizarría,  
Ni agradecer al cielo ese presente,  
Sólo porque lo da todos los días.

El don primero que con mano larga  
Al Nuevo Mundo el Hacedor destina;  
El más vistoso pabellón que undula  
De la virgen América en las cimas.

Contemplad una mata. A cada lado  
De su caña robusta y amarilla,  
Penden sus tiernas hojas arqueadas,  
Por el ambiente juguetón mecidas.

Su pie desnudo muestra los anillos  
Que a trecho igual sobre sus nudos brillan,  
Y racimos de dedos elegantes,  
En los cuales parece que se empina.

Más distantes las hojas hacia abajo,  
Más rectas y agrupadas hacia arriba,  
Donde empieza a mostrar tímidamente  
Sus blancos tilos (49) la primera espiga,

Semejante a una joven de quince años,  
De esbeltas formas y de frente erguida,  
Rodeada de alegres compañeras  
Rebosando salud y ansiando dicha.

Forma el viento al mover sus largas hojas,  
El rumor de dulzura indefinida  
De los trajes de seda que se rozan  
En el baile de bodas de una niña.

Se despliegan al sol y, se levantan  
Ya doradas, temblando, las espigas,  
Que sobresalen cual penachos jaldes  
De un escuadrón en las revueltas filas.

Brota el blondo cabello del Pilote (50),  
Que muellemente al despuntar se inclina;  
El manso viento con sus hebras juega  
Y cariñoso el sol las tuesta y riza.

La mata el seno suavemente abulta  
Donde la tusa (51) aprisionada cría,  
Y allí los granos como blancas perlas,  
Cuajan envueltos en sus hojas finas.

Los chócolos (52) se ven a cada lado,  
Como rubios gemelos que reclinan,  
En los costados de su joven madre,  
Sus doradas y tiernas cabecitas.

El pajarero (53), niño de diez años,  
Desde su andamio sin cesar vigila  
Las bandadas de pájaros diversos,  
Que hambrientos vienen a ese mar de espigas.

En el extremo de una vara larga  
Coloca su sombrero y su camisa;  
Y silbando, y cantando, y dando gritos,  
Días enteros el sembrado cuida.

Con su churreta (54) de flexibles guascas (55)  
Que fuertemente al agitar rechina;  
Desbandadas las aves se dispersan  
Y fugitivas corren las ardillas (56).

Los pericos en círculos volando  
En caprichosas espirales giran;  
Dando al sol su plumaje de esmeralda  
Y al aire su salvaje algarabía.

Y sobre el verde manto de la Roza  
El amarillo de los taches (57) brilla,  
Como onzas de oro en la carpeta verde  
De una mesa de juego repartidas.

Meciéndose galán y enamorado,  
Gentil turpial (58) en la flexible espiga,  
Rubí con alas de azabache, ostenta  
Su bella pluma y su canción divina.

El duro pico del chamán (59) desgarrar  
De las hojas del chócolo las fibras,  
Dejando ver los granos, cual los dientes  
De una bella al través de su sonrisa.

Cuelga el gulungo (60) su oscilante nido  
De un árbol en las ramas extendidas,  
Y se columpia blandamente al viento,  
Incensario de rústica capilla.

La boba (61), el carriquí (62), la guacamaya (63),  
El afrechero (64), el diostedé (65), la mirla,  
Con sus pulmones de metal que aturden,  
Cantan, gritan, gorjean, silban, chillan.

#### CAPITULO IV

De la recolección de frutos y de cómo deben alimentarse los trabajadores.

Es el amanecer de un día de junio;  
El sol no asoma, pero ya blanquea  
Por el oriente el aplomado cielo,  
Con la sonrisa de su luz primera.

Ya dio el gurri (66) su fúnebre chillido  
Largo y agudo, en la vecina selva;  
Ya la Roza se va cubriendo en partes  
Con los jirones de su chal de nieblas.

Lanza la choza cual penacho blanco  
La vara de humo que se eleva recta;  
Es que antes que el sol y que las aves  
Se levantó, al fogón, la cocinera.

Ya tiene preparado el desayuno  
Cuando el peón más listo se despierta;  
Chocolate de harina (67) en coco negro  
Recibe cada cual, con media arepa (69).

Con un costal terciado cada uno  
Todos saliendo van; sólo se queda  
El muchacho que debe cargar agua,  
Fregar los trastos y rajar la leña.

Van a coger frisoles; por la Roza  
Los peones sin orden se dispersan  
Cogiendo a manotadas (70) los racimos  
Que de las matas enredados cuelgan.

Los chócolos picados por las aves  
Cogen también, y los que están en tierra  
Echan en el costal y los revuelven  
De los frisoles con las vainas secas.

El que llena su tercio a vaciarlo  
Va en el rancho, y se vuelve a la faena;  
Y llenando y vaciando sus costales  
Siguen sin descansar hasta que almuerzan.

Mientras que van y vuelven los peones  
Que han almorzado ya, la cocinera,  
Infatigable y siempre con buen modo,  
Se ocupa sin cesar en sus tareas.

En la misma cuyabra aparadora  
Pone el maíz a remojar, y deja  
La mitad para hacer la mazamorra (71),  
La otra mitad para moler la arepa.

Era la cocinera una muchacha  
Agil, arrutanada (72), alta y morena,  
Que su saya de fula (73) con el chumbe (74)  
En su cintura arregazada lleva.

Descubiertas los brazos musculosos  
Y la redonda pantorrilla muestra  
Con inocente libertad, pues sabe  
Que sólo para andar sirven las piernas.

Medio cubre su seno prominente  
La camisa de tira de arandela,  
En donde se sepulta su rosario  
Con sus cuentas de oro y su pajueta (75).

Un poco cortas, negras y brillantes,  
De su crespo cabello las dos trenzas,  
Rematando sus puntas en cachumbos (76),  
Graciosamente por la espalda cuelgan.

Pero vedla cascando mazamorra,  
O moliendo en su trono, que es la piedra;  
A su vaivén cachumbos y mejillas,  
Arandelas y seno, todo tiembla.

Arreglado el fogón alza dos ollas,  
Y los frisoles echa en la pequeña;  
Va en la grande a poner la mazamorra,  
De su quehacer la operación más seria.

Se moja en agua-masa (77) las dos manos,  
Las pone encima de ceniza fresca,  
Las sacude muy bien, y en la agua-masa  
Las lava luego y la ceniza deja.

De agua-masa y arroz (78) llena la olla,  
Le echa la bendición, y la menea  
Con el ahumado mecedor (79) de palo;  
Sopla el fogón y aviva la candela.

Acaba de moler, y con la masa  
Va extendiendo en las manos las arepas,  
Que coloca después en la cayana (80);  
Ya tostadas de un lado, las voltea.

Y luego las entierra en el rescoldo,  
Y brasas amontona encima de ellas,  
Y chócolos encima de las brasas  
Pone a asar recostados a las piedras:

Estos se van dorando poco a poco;  
Los granos al calor se caponean (81)  
Y exhalan un olor.... que aun los peones  
Cuando vienen, un chócolo se llevan.

A las dos de la tarde suena el cacho (82)  
Para que todos hacia el rancho vengan,  
Pues ya está la comida. Van llegando  
Y en el suelo sentados forman rueda.

El muchacho que ayuda en la cocina  
Reparte a los peones las arepas;  
De frisoles con carne de marrano  
Un plato lleno a cada par entrega.

En seguida les da la mazamorra,  
Que algunas de ellos con la leche mezclan;  
Otros se bogan (83) el caliente claro  
Y se toman la leche con la arepa.

Medio cuarto (84) de dulce (85) melcochudo (86)  
Les sirve para hacer la sobremesa,  
Y una totuma rebosando de agua  
Su comida magnífica completa.

¡Salve, segunda trinidad bendita,  
Salve, frisoles, mazamorra, arepa!  
Con nombraros no más se siente hambre.  
"¡No muera yo sin que otra vez os vea!"

Pero hay ¡gran Dios! algunos petulantes,  
Que sólo porque han ido a tierra ajena,  
Y han comido jamón y carnes crudas,

De su comida y su niñez reniegan.

Y escritores parciales y vendidos  
De las papas pregonan la excelencia,  
Pretendiendo amenguar la mazamorra,  
Con la calumnia vil, sin conocerla.

Yo quisiera mirarlos en Antioquia  
Y presentarles la totuma llena  
De mazamorra de esponjados granos,  
Más blancos que la leche en que se mezclan;

Que metieran en ella la cuchara,  
Y la sacaran del manjar repleta,  
Cual isla de marfil que flota en leche,  
Coma mazorca de nevadas perlas;

Y que dejando chorrear el claro  
La comieran después, y que dijeran,  
Si es que tienen pudor, si con las papas  
Alguno habrá que compararla pueda.

¡Oh, comparar con el maíz las papas,  
Es una atrocidad, una blasfemia!  
¡Comparar con el rey que se levanta  
La ridícula chiza (87) que se entierra!

Y ¿qué dirían si frisoles verdes  
Con el mote (88) de chόcolo comieran,  
Y con una tajada de aguacate  
Blanda, amarilla, mantecosa, tierna....?

¿Si una postrera (89) de espumosa leche  
Con arepa de chόcolo bebieran,  
Una arepa dorada envuelta en hojas,  
Que hay que soplar porque al partirla humea?

Y la natilla.... ¡Oh!, la más sabrosa  
De todas las comidas de la tierra,  
Con aquella dureza tentadora  
Con que sus flancos ruborosos tiemblan....

¡Y tú también, la fermentada en tarros,  
Remedio del calor, chicha antioqueña!  
Y el mote, los tamales (90), los masatos (91),  
El quarrús (92), los buñuelos, la conserva...

¡Y mil y mil manjares deliciosos  
Que da el maíz en variedad inmensa....!

Empero, con la papa, la vil papa,  
¿Qué cosa puede hacerse....? No comerla.

A veces el patrón lleva a la Roza  
A los niños pequeños de la hacienda,  
Después de conseguir con mil trabajos  
Que conceda la madre la licencia.

Sale la turba gritadora, alegre,  
A asistir juguetona a la cogienda (93),  
Con carrieles y jíqueras (94) terciados  
Cual los peones sus costales llevan.

¿Quién puede calcular los mil placeres  
Que proporciona tan sabrosa fiesta....?  
¡Amalaya (95) volver a aquellos tiempos,  
Amalaya esa edad pura y risueña!

Avaro guarda el corazón del hombre  
Esos recuerdos que del niño quedan;  
Ese rayo de sol en una cárcel  
Es el tesoro de la edad proyecta.

También la juventud guarda recuerdos  
De placeres sin fin.... pero con mezcla.  
Las memorias campestres de la infancia  
Tienen siempre el sabor de la inocencia.

Esos recuerdos con olor de helecho  
Son el idilio de la edad primera,  
Son la planta parásita del hombre,  
Que aún seco el árbol, su verdor conservan.

Pero en tanto vosotros, pobres socios  
De una escuela de artes y de ciencias,  
Siempre en medio de libros y papeles  
Y viviendo en ciudades opulentas;

Nacidos en la alcoba empapelada  
De una casa sin patios y sin huerta,  
Que jamás conocisteis otro árbol  
Que el naranjo del patio de la escuela;

Vosotros ¡ay! cuyos primeros pasos  
Se dieron en alfombras y en esteras,  
Y lo que es más horrible, con botines,  
Vosotros que nacisteis con chaqueta;

Vosotros, que no os criasteis en camisa

Cruzando montes y saltando cercas,  
¡Oh, no podéis saber, desventurados,  
Cuánta es la dicha que un recuerdo encierra!

¿Con cuál, decidme, alegraréis vosotros  
De la helada vejez las horas lentas,  
Si no tuvisteis perros ni gallinas  
Ni disteis muerte a patos ni culebras?

No endulzarán vuestros postreros días  
El sabroso balar de las ovejas,  
De las vacas el nombre, uno por uno,  
La imagen del solar (96), piedra por piedra;

Las sabaletas (97) conservadas vivas,  
Sirviendo de vivero una batea;  
Las moras y guayabas del rastrojo (98),  
El columpio del guamo (99) de la huerta;

La golondrina a la oración volando  
Al rededor de las tostadas tejas,  
La queja del pichón aprisionado,  
La siempre dulce reprensión materna;

La cometa enredada en el papayo (100),  
Los primeros perritos de Marbella....  
En fin.... vuestra vejez será horrorosa,  
Pues no habéis asistido a una cogienda.